

Las claves generacionales de la integración y exclusión social: adolescencia y juventud en Uruguay y Chile en los albores del siglo XXI

por Fernando Filgueira, Ruben Kaztman y Federico Rodríguez

"Imaginar estrategias de esta naturaleza requiere siempre un tipo de conocimiento necesario para dirigir políticas focales. Pero, con la 'cuestión juvenil' se corre el riesgo de cometer falacias similares a las que se encuentran con frecuencia en el tema de la pobreza: la gravedad de las situaciones extremas posterga u oculta la complejidad de factores y la dinámica cíclica que conduce a tales situaciones. Alternativamente, se corre el riesgo también de transferir indebidamente una problemática crítica, específica, a otros sectores de la población para los cuales no es pertinente."

Carlos H. Filgueira, 1998.

Fernando Filgueira. PhD en Sociología (Universidad de North-western). Coordinador académico del Programa IPES, Universidad Católica del Uruguay.

Ruben Kaztman. Máster en Sociología (Universidad de Berkeley). Fue director de la Oficina de la CEPAL (Montevideo) y oficial principal de la División de Desarrollo Social de la CEPAL (Santiago de Chile). Director del Programa IPES, Universidad Católica del Uruguay.

Federico Rodríguez. Candidato a Máster en Políticas Públicas. Licenciado en Sociología (Universidad Católica del Uruguay). Investigador senior del Programa IPES, Universidad Católica del Uruguay.

Advertencia

Las ciencias sociales y en particular la sociología no brillan por ser ciencias predictivas. Piense el lector, a modo de ejemplo, qué nos respondería un sociólogo si le solicitáramos una predicción acerca del futuro social de uno de los países latinoamericanos. Tres estrategias podrían ser usadas en ese caso: análisis sincrónico de los países y conclusiones acerca de su futuro a partir de las relaciones que surgen del análisis comparado en un punto en el tiempo; seguimiento en el tiempo o análisis diacrónico de los países y proyección al futuro de las tendencias encontradas, o una combinación de análisis diacrónico y comparado. Las tres estrategias presentan diversos problemas lógicos que invalidan en muchos casos la inferencia predictiva, no porque las relaciones estadísticas que se encuentran en la base de la predicción sean erróneas, sino porque las inferencias causales que se realizan a partir de ellas presentan diferentes falacias lógicas (de nivel de agregación, de eslabonamiento temporal y de simetría de causalidad).¹

Ahora bien, imaginemos que, sobre la base de cierta información que le proporcionamos al analista sobre personas o grupos de personas, le solicitamos que prediga la situación de estas per-

¹ Para una excelente discusión de estos problemas véase Lieberman, 1987.

sonas en el presente y eventualmente en el futuro en otros aspectos. Una vez conocido el nivel educativo, el analista será bastante exacto al predecir, por ejemplo, el nivel de ingresos presente de los individuos, y será más débil —aunque más capaz que en el caso de los países— al predecir el futuro del individuo en materia de ingresos. Esto indica al menos dos cosas: cuando debe predecir a partir de la asociación de niveles de variables en el presente, la sociología es más exitosa que cuando debe hacerlo a partir de la asociación de tasas de variación en el tiempo, y también se desempeña mejor cuando debe predecir en el nivel individual que cuando debe hacerlo en el nivel agregado.

Volvamos entonces a la pregunta original: cuál será el futuro social, en materia de pobreza, de exclusión o de desigualdad, de los países latinoamericanos. El analista buscará otra estrategia: indicará que, en caso de producirse tal o cual tasa de crecimiento o de elegirse tal o cual modelo de desarrollo, este o aquel será el resultado más probable para el país A o B. La reducción a la variable predictiva económica vacía a la sociología de lógicas causales inherentes. ¿Existe alguna estrategia que permita abordar el problema predictivo superando estas deficiencias o reduccionismos? Creemos que la clave generacional, combinada con un modelo de análisis que observa tanto el nivel agregado (la estructura de oportunidades) como el nivel individual y familiar (los eslabonamientos y asociaciones de niveles de bienestar de los individuos en el ciclo vital —activos o capitales—) permite avanzar en este sentido. En otras palabras, si poseemos teorías adecuadas acerca de cómo se eslabonan en la vida de los individuos los niveles de bienestar, y si además poseemos teoría y evidencia acerca de cómo la estructura de oportunidades distribuye el bienestar en términos generacionales, estamos bien posicionados para enfrentar el desafío de análisis predictivos sobre el bienestar futuro de las naciones latinoamericanas. Dicho en forma más simple y también más analítica: si conocemos la distribución intergeneracional del bienestar, si podemos establecer proyecciones razonables acerca del cambio de las estructuras de oportunidades que determinan dicha distribución del bienestar, si a su vez podemos aproximar una *tasa de movilidad intrageneracional* y una *tasa de movilidad intergeneracional*, estamos entonces en condiciones, dada cierta información sobre el presente, de predecir —claro está, con un margen de error y sujeto a otros cambios o aspectos no considerados— cuál será en el futuro la distribución del bienestar y eventualmente el nivel de integración social de un país.

En este artículo nos proponemos iniciar el camino, aunque no, obviamente, completarlo. Más allá de los hallazgos e hipótesis concretos que sobre Chile y Uruguay se manejan en este trabajo, el otro cometido del documento y del ejercicio es mostrar la utilidad del abordaje aquí elegido para redefinir las imágenes presentes en materia social que se tienen sobre Chile y Uruguay, y mediante dicha redefinición repensar los posibles futuros sociales de estas naciones.

1. Introducción

Chile y Uruguay se destacan en el escenario latinoamericano por sus estadios avanzados en la transición demográfica, por su temprana industrialización y también por su relativamente temprana universalización de la cobertura urbana de prestaciones sociales. A lo largo de su historia, y en un escenario regional caracterizado por la deuda social, estos dos países exhibieron valores de esperanza de vida relativamente altos, baja mortalidad infantil e importantes logros educativos. Asimismo, durante los años noventa presentaron, en comparación con el resto de América Latina, mejorías claras en sus indicadores sociales básicos. Esas mejorías se reflejan, entre otras áreas, en las tendencias a la baja en la mortalidad infantil, la pobreza y las necesidades básicas insatisfechas.

Pese a estas similitudes, históricas y recientes, tanto del imaginario colectivo como de informes sobre estas sociedades surgen diferencias muy significativas. En efecto, a pesar de sus importantes niveles de desarrollo social y económico, Chile siempre fue descrito como una sociedad marcadamente estratificada. En algunos casos, a su estructura social se atribuyeron vestigios de exclusión propios de las naciones latinoamericanas del Pacífico, en las que los matices étnicos ordenan y estratifican hasta el punto de generar compartimientos estancos. En otros, se la describió como una sociedad de baja movilidad social, tanto intrageneracional como intergeneracional, con fuertes barreras culturales y simbólicas a la interacción entre los diferentes estratos. En contraste, durante buena parte del siglo XX Uruguay constituyó el caso desviado latinoamericano. Étnicamente homogénea, con el más alto nivel de urbanización de la región, con bajos niveles de desigualdad y pautas culturales que subrayan la pertenencia y los sentimientos de ciudadanía, a lo que se suman un temprano *welfare* de carácter universal y un sistema educativo públicamente homogeneizador, el pequeño país del sur ha sido denominado como una *sociedad de cercanías*: cercanías sociales, económicas, culturales y aun políticas.

Son estas imágenes disímiles las que este artículo procura cuestionar o, más exactamente, modificar, para lo cual argumentaremos y procuraremos explicar el giro social de estos dos países. Chile, que en los albores del siglo XXI incrementa su capacidad integradora, aun sobre bases sumamente desiguales. Uruguay, que conserva una sociedad de cercanías solamente en la población que se encuentra más cerca del final que del principio de la vida. Entre la población infantil, adolescente y joven, esa sociedad de cercanías parece haberse trizado, y el espejo arroja una realidad que, sin haberse fragmentado definitivamente, muestra signos claros de discontinuidad y aun de exclusión social, en segmentos importantes de los más jóvenes.

Chile persiste como sociedad estratificada y fuertemente desigual —de hecho, presenta el coeficiente de Gini más alto de la región luego de Brasil—. Sin embargo, pese a que mantiene barreras simbólicas a la interacción entre clases y estratos, el país parece avanzar hacia un modelo de sociedad fuertemente estratificada pero moderadamente integrada. Esto quiere decir que, tanto en sus pautas culturales como en su orientación y sus posibilidades de incorporación a los circuitos sociales principales, los chilenos son hoy más iguales que antes, aun cuando esos circuitos admitan un fuerte ordenamiento, no solo de nivel económico sino también de estatus social. Tal vez lo más importante sea que entre sus futuros adultos —esto es, sus adolescentes y jóvenes actuales— Chile presenta un escenario que, sin carecer de importantes desafíos, es ciertamente más alentador que el que presenta Uruguay.

Es cierto que una parte importante de la población uruguaya pertenece aún a la sociedad de cercanías a que se hizo referencia, y que todavía presenta niveles de desigualdad bajos en el contexto regional. También es cierto que sigue siendo una sociedad con baja tolerancia a la desigualdad. Sin embargo, en sus niños, adolescentes y jóvenes se atisba —y por momentos se manifiesta— una sociedad muy distinta a la imagen idealizada del pasado. Los problemas de empleo entre los jóvenes, un Estado social orientado a la tercera edad, y la presencia de una estructura familiar que en los sectores de menores ingresos combina los aspectos más problemáticos de la segunda transición demográfica sin haber solucionado los propios de la primera, empiezan a producir una generación partida entre los que estarán dentro y los que estarán fuera del sistema social, económico y normativo. Las usinas del bienestar de Chile y Uruguay parecen estar gestando sociedades que ya no permitirán arribar a los juicios que emergían del contraste de estos países en el pasado.

La evidencia primaria que da origen a nuestras preocupaciones es simple. En tanto Uruguay presenta la peor brecha intergeneracional de la pobreza en la región

(sobrerrepresentación de pobreza infantil y adolescente), Chile presentaba una brecha importante al inicio de los noventa, pero logró disminuirla a niveles moderados a finales de la década, período en el cual, en cambio, Uruguay la amplió.²

Las páginas que siguen procuran documentar y explicar las diferencias recién señaladas en las tendencias en materia de brecha intergeneracional en Uruguay y Chile. También buscan avanzar en la comprensión de las razones por las cuales las situaciones de riesgo social de los adolescentes uruguayos se traducen, más marcadamente que en el caso de sus pares chilenos, en comportamientos de riesgo.

Los elementos centrales para responder a los interrogantes planteados se despliegan en las cuatro partes siguientes.

La primera parte presenta al lector una síntesis del marco conceptual básico que orienta el análisis. Se trata del denominado enfoque AVEO, un abordaje de la vulnerabilidad social que observa la interrelación de los activos familiares e individuales con la estructura de oportunidades.³ Este modelo de análisis ve el problema de la vulnerabilidad a la pobreza y a la exclusión social como producto de la forma en que las estructuras de oportunidades del Estado, del mercado y de la comunidad distribuyen recursos de capital físico, humano y social, de cómo éstos se plasman en las familias, y cómo éstas los utilizan y transmiten a sus miembros —en nuestro caso, a los adolescentes.

En la segunda parte se examinan tres elementos claves en la explicación de las diferencias en materia de brecha generacional de pobreza planteadas en esta introducción. Nos referimos a las pautas de fecundidad, a la estructura y evolución del empleo, y a la estructura y evolución del gasto social. El análisis de estos tres elementos se orienta a mejorar nuestra comprensión de los modos en que el Estado, el mercado y las familias contribuyen a la estratificación generacional del bienestar.

En tercer lugar, se presentan al lector los cambios en la distribución de factores de riesgo sociofamiliar. Para ello se examina la evolución, a lo largo de la década, de la proporción de adolescentes en los diferentes quintiles de ingresos de los hogares, en los diferentes tipos de familia y en los diferentes climas educativos familiares. Este punto se cierra con el análisis de la evolución de los adolescentes que exhiben una superposición de factores de riesgo.

El último punto aborda el impacto de estas configuraciones familiares de riesgo sobre los comportamientos de riesgo de los adolescentes chilenos y uruguayos. Los resultados de análisis descriptivos en cuadros de triple entrada y de la aplicación de modelos de regresión abren el camino para la discusión del impacto del clima educativo, el ingreso y el tipo de familia sobre el abandono educativo y la desafiliación institucional (adolescentes que no estudian, no trabajan ni buscan trabajo).

² Ambos países finalizaban el siglo XX con cifras de pobreza parecidas, pero con trayectorias generacionales distintas. Uruguay inició la década del noventa con una pobreza general del 25% que descendió levemente al 23,1% en 1998, pero su pobreza adolescente prácticamente no se modificó: pasó del 35,9% al 35,1%. Para 1990, en cambio, Chile presentaba cifras del 38,6% de población pobre, las que al final del siglo se redujeron casi 17 puntos porcentuales, llegando a un 21,7%; pero la pobreza adolescente bajó aún más: del 48,7% al 28,2%. De este modo, habiendo partido de niveles significativamente más altos, ya en 1990 la brecha generacional era menor en Chile que en Uruguay (8,4% contra 11%), pero las diferencias entre esas brechas se hicieron aún mayores al final del siglo; en Chile era de tan solo 6,5%, mientras que en Uruguay se incrementó del 11 al 12%.

³ Los orígenes del enfoque AVEO se encuentran en el texto de Carlos Filgueira, 1999; la elaboración formalizada en sus primeras versiones pueden verse en Kaztman, Beccaria, F. Filgueira, Golbert y Kessler, 1999.

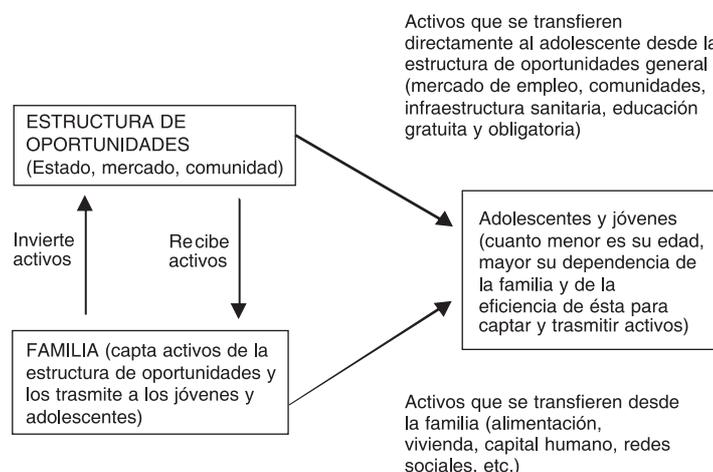
2. Un marco sintético para el análisis⁴

2.1. Familia, adolescencia y activos

Los hogares enfrentan sus desafíos cotidianos, asumen estrategias de mediano y largo plazo y defienden su bienestar haciendo uso de recursos materiales (capital físico), educativos y de trabajo (capital humano), así como de protecciones y apoyos basados en redes comunitarias y familiares (capital social). Estos capitales conforman sus portafolios de activos. La potencialidad de esos portafolios para mejorar o defender las condiciones de vida de los hogares depende de los retornos que cada sociedad ofrece a los capitales que lo conforman. A su vez, los retornos son definidos por cada una de las estructuras de oportunidades que, desde el mercado, el Estado o desde la sociedad civil, ofrecen vías para elevar el bienestar. Los activos que manejan los hogares pueden satisfacer o no los requerimientos de acceso a esas estructuras de oportunidades.

Adicionalmente, las características de las propias familias son relevantes en tanto indican la capacidad que tienen los adultos para transmitir sus activos a los niños, adolescentes y jóvenes, o para impedir que éstos incorporen pasivos. En suma, para enfrentar el análisis de la pobreza y la exclusión social de los adolescentes este artículo propone un enfoque que integra las nociones de *activos sociales*, *estructura de oportunidades* y *transmisión intergeneracional de activos*. Un esquema como el siguiente permite una mejor visualización de lo propuesto:

Figura 1. Flujo de activos entre los órdenes institucionales básicos de la sociedad, las familias y los adolescentes

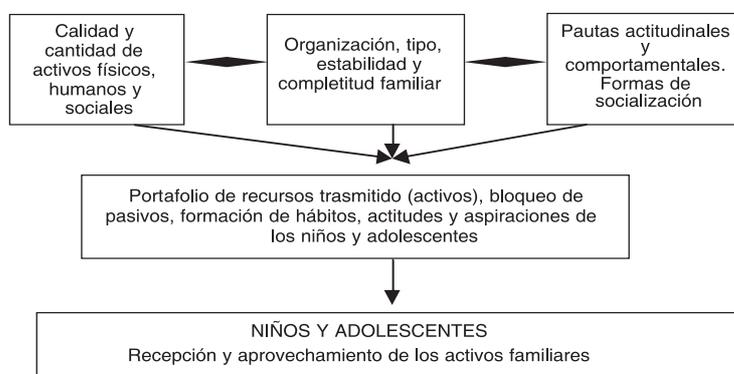


Fuente: Kaztman y Filgueira, 2001.

⁴ El marco para el análisis que se presenta a continuación sintetiza desarrollos conceptuales elaborados por Ruben Kaztman y Fernando Filgueira (2001), que fueron producidos desde el Programa de Investigación sobre Integración, Pobreza y Exclusión Social (IPES) de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Católica del Uruguay, con el apoyo del Instituto Interamericano del Niño de la OEA.

Las situaciones de pobreza y exclusión social adolescente se caracterizan, precisamente, no sólo por una muy baja dotación de activos de las familias y logros débiles en el aprovechamiento de la estructura de oportunidades, sino también por una baja capacidad de la unidad familiar, tanto para transmitir a los adolescentes los pocos activos con que cuenta como para impedir que éstos incorporen pasivos.⁵ Ello contribuye a una alta incidencia de configuraciones tempranas de riesgo social para los adolescentes. La multidimensionalidad de las funciones familiares se grafica a continuación:

Figura 2. Características de la familia que determinan su contribución al desarrollo integral del niño y el adolescente



Fuente: Kaztman y Filgueira, 2001.

La mayoría de las familias pobres tienen la posibilidad de movilizar recursos de distinto tipo. Nos referimos a contactos con personas, a conocimientos y destrezas laborales específicos, o a valores y actitudes que suelen facilitar logros de mayor bienestar. Pero algunos aspectos de su organización —como la falta de uno de los cónyuges, la inestabilidad de la pareja o rigideces de la estructura familiar— afectan su capacidad para transmitir esos activos a los hijos o para impedir que éstos incorporen pasivos del medio ambiente extrafamiliar (adicciones, propensión al delito, bajas expectativas de logro, etcétera). Asimismo, hay modelos de relaciones de género y modelos de relaciones entre padres e hijos que los niños absorben a través de su experiencia cotidiana en el hogar y que se constituyen en pasivos más que activos. Por ejemplo, la escasa valoración de la educación como vía de movilidad, la ausencia de una ética o disciplina de trabajo, la falta de respeto a normas mínimas de convivencia, la presencia de una concepción tradicional de la mujer vinculada a las tareas domésticas, el recurso

⁵ Consideramos *pasivos* a todos aquellos hábitos de comportamiento y contenidos mentales que se transforman en obstáculos para la acumulación de activos.

a la violencia antes que a la persuasión para orientar los comportamientos de los hijos, así como actitudes de resignación y fatalismo con respecto a un destino subordinado. Todos estos contenidos mentales afectan negativamente no sólo la adquisición de activos por parte de la familia, sino también la transmisión de activos a los niños y las posibilidades de éstos de acumularlos.

Si bien es cierto que la formación de pasivos en los niños no se alimenta solo de la debilidad del clima educativo familiar ni es responsabilidad única de las configuraciones actitudinales de los adultos, también es cierto que los contenidos mentales que se transfieren de padres a hijos en las primeras etapas del ciclo de vida dejan un sello permanente en la estructuración de su personalidad. Esta caja negra de relaciones intrafamiliares y pautas actitudinales y comportamentales es una usina de historias de éxitos y fracasos en la potenciación de los recursos de niños y adolescentes.

Cada una de las etapas del ciclo vital de los niños plantea riesgos específicos a su bienestar presente y futuro. El nivel de vulnerabilidad en una etapa aumenta la probabilidad de riesgos en etapas posteriores. Cada una de las situaciones de riesgo opera como un eslabón en los mecanismos de la reproducción intergeneracional de la pobreza y de la exclusión social. En la primera infancia son centrales los riesgos de salud, que se reflejan tanto en los desenlaces trágicos de la mortalidad infantil, así como en diferentes indicadores de desnutrición y de insuficiencias en el desarrollo psicomotor. A su vez, las falencias en la salud física y mental debilitan las capacidades para aprovechar los servicios que se ofrecen en el nivel preescolar, sea porque esos servicios no se usan, porque se usan en forma irregular o por la falta de la maduración mental mínima necesaria para incorporar estructuras básicas de aprendizaje. El efecto acumulado de las situaciones de riesgo experimentadas en la primera infancia se traduce en bajos logros académicos en la escuela primaria y en mayores probabilidades de deserción y rezago o extraedad. Riesgos similares emergen en la formación secundaria, cuando comienza a observarse un desgranamiento importante entre aquellos adolescentes que han acumulado pasivos que les impiden continuar sus estudios.

3. Claves explicativas de la evolución de las brechas generacionales de bienestar en los noventa

3.1. La clave demográfica: maternidad pobre y fecundidad diferencial

La pobreza infantil y adolescente y su relación con la pobreza general son fuertemente determinadas por las diferencias entre los comportamientos reproductivos de las familias pobres y no pobres. En este sentido, Chile se encuentra en una situación de caída plena de la fecundidad, en tanto Uruguay presenta estabilidad de la fecundidad general y aumento de la fecundidad en los hogares pobres.

El siguiente análisis procura desagregar la contribución de diferentes factores a la pobreza infantil y adolescente. A modo de ejemplo, se toma la pobreza de los niños de entre 0 y 9 años y se propone la siguiente fórmula para su desagregación (siempre considerando sólo los hogares con niños de entre 0 y 9 años).

$$\text{Niños pobres} / \text{Niños totales} = (\text{Niños pobres} / \text{Hogares pobres}) \times (\text{Hogares pobres} / \text{Hogares totales}) \times (\text{Hogares totales} / \text{Niños totales})$$

**Cuadro 1. Estructura poblacional de la pobreza infantil (0 a 9 años)
1990-1999. Chile y Uruguay urbanos**

	Chile urbano		Uruguay urbano	
	1990	1998	1991	1999
Hogares pobres / hogares totales	0,472	0,272	0,363	0,338
Niños pobres / niños totales	0,524	0,311	0,424	0,422
Niños pobres / hogares pobres	1,773	1,721	1,870	2,004
Niños totales / hogares totales	1,597	1,501	1,602	1,602

Fuente: Elaboración propia basada en encuestas del INE en Uruguay y Encuestas CASEN en Chile.

Asumiendo que los niños por hogar representan hijos y los hogares representan madres, esta forma de presentación de los datos permite analizar cómo contribuyen a la pobreza infantil la fecundidad de los sectores pobres y el total de mujeres madres en situación de pobreza. También permite comparar la fecundidad diferencial de los estratos pobres y no pobres.

Si bien este ejercicio constituye sólo una primera aproximación, la evidencia que arroja es sumamente consistente y útil para entender el comportamiento diferencial de la pobreza en niños y adolescentes en Chile y Uruguay. Como se observa, el estancamiento de la pobreza infantil en Uruguay no refleja un igual número de hogares pobres. De hecho, en el Uruguay urbano estos hogares disminuyeron en 3 puntos porcentuales, en tanto la pobreza infantil se mantuvo estable (se redujo, en rigor en sólo 0,02%).

La explicación reside en que el número de niños pobres por hogar pasó de 1,87 a 2,00, en tanto la relación entre niños totales y hogares totales no varió (lo que señala un aumento de la proporción de niños pobres sobre niños totales). Por su parte, el importante descenso que registró la población pobre en Chile responde tanto a la disminución de hogares pobres como a una leve disminución de los niños pobres por hogar pobre. Ello implica que el descenso de la fecundidad de los hogares que eran pobres en 1990 tiene que haber sido mucho más marcado aún.

Y ello por una simple razón. Considérese que los hogares pobres (o vientres pobres, dados nuestros supuestos) cayeron de 47% a 27% entre 1990 y 1998 en Chile. Numerosas investigaciones han constatado que cuanto más pobre es el hogar, mayor es el número de hijos, y que cuanto mayor es el número de hijos, más difícil resulta superar las situaciones de pobreza. En consecuencia, los hogares que entre 1990 y 1998 permanecieron en situación de pobreza deberían tener las más altas tasas de fecundidad. A pesar de ello, los niños por hogar pobre en 1998 eran menos que en 1990. En otras palabras, el 27% de los hogares chilenos que permanecían en la pobreza en 1998 presentaban en ese año niveles de fecundidad inferiores al 47% de los que en 1990 se encontraban por debajo de la línea de pobreza. Esto indica que, en abierto contraste con el incremento observado en los hogares pobres uruguayos, en los sectores de menores ingresos de Chile se produjo una caída importante de la fecundidad.

3.2. La clave del empleo

Una de las diferencias más importantes que exhiben estos dos países en los noventa es su comportamiento en materia de empleo. A partir de 1994, Uruguay presenta un incremento marcado del desempleo urbano, que se concentra en las poblaciones más jóvenes y en los sectores menos educados. Chile, por su parte, muestra una preocupante elevación de esas tasas sólo a fines de la década, luego de exhibir altas tasas de empleo en el contexto de las crecientes tasas de actividad que se registraron entre 1990 y 1998.

El empleo constituye ciertamente uno de los problemas centrales de las economías latinoamericanas de fines del siglo XX e inicios del XXI. La concentración del desempleo en la población más joven es una señal sumamente negativa para sus expectativas de inserción social. Más aún, las altas tasas de desempleo de las mujeres adolescentes y jóvenes que ya han abandonado el sistema educativo son resultado y causa a la vez de las altas tasas de embarazo adolescente, comportamiento que desempeña un papel crucial en la activación del círculo vicioso de la reproducción intergeneracional de la pobreza y la exclusión. Tanto Chile como Uruguay presentan en este sentido desafíos nada menores. Sin embargo, tanto las menores tasas de desempleo adolescente y joven como la mayor presencia de estos grupos etarios en el sistema educativo colocan a Chile en una situación bastante más favorable que la de Uruguay, tanto en la población masculina como femenina.

Cuadro 2. Tasas de desempleo masculino por grupos de edad. Chile-Uruguay. 1990-2000

Tramo de edad	Chile		Uruguay	
	1990	2000	1990	2000
15-24	17,0	21,8	22,2	27,2
25-34	7,5	9,6	6,0	8,7
35-44	4,8	7,3	2,5	5,1
45 y más	5,6	7,6	3,0	5,6
Total	8,1	9,9	7,3	10,8

Fuente: CEPAL, 2002.

Las mayores tasas de desempleo juvenil masculino en Uruguay se pueden verificar aun en 1990, cuando las tasas de desempleo generales eran inferiores a las de Chile. Pero lo interesante de la comparación es que en el año 2000, cuando el desempleo masculino total uruguayo era mayor que el chileno, las diferencias entre ambos países se explican estrictamente por la población joven. Esto es, en la población masculina de más de 25 años las tasas de desempleo en Uruguay seguían siendo inferiores a las de Chile.

Cuadro 3. Tasas de desempleo femenino por grupos de edad. Chile-Uruguay. 1990-2000

Tramo de edad	Chile		Uruguay	
	1990	2000	1990	2000
15-24	19,1	23,7	27,5	35,2
25-34	9,8	12,5	11,0	16,3
35-44	5,8	8,9	6,4	12,5
45 y más	4,7	7,1	4,4	9,6
Total	9,7	11,6	11,1	17,0

Fuente: CEPAL, 2002.

No pasa lo mismo con el desempleo femenino, en el cual, con la sola excepción de las mayores de 45 años en 1990, las tasas uruguayas son superiores a las chilenas en todos los tramos de edad.

Es posible que gran parte de las diferencias en las tasas de desempleo juvenil masculino y femenino entre Chile y Uruguay se puedan explicar por las diferencias en las respectivas tasas de actividad. Pero esa explicación, por un lado, desplaza el interrogante a una fase

anterior —¿por qué la oferta de trabajo juvenil es mayor en Uruguay que en Chile?— y, por otro, no afecta el hecho central de que los jóvenes uruguayos que quieren trabajar se encuentran con un mercado de trabajo apreciablemente más cerrado que sus pares chilenos.

3.3. La clave del gasto social: el desbalance entre la inversión en capital humano y el gasto previsional para la tercera edad

El impacto generacional del gasto social merece ser analizado a la luz de los diversos sectores que componen dicho gasto. En la edición del año 2000-2001 del *Panorama social* (CEPAL, 2001: 116), la CEPAL dedica un capítulo entero al análisis del aporte que realiza cada uno de los sectores a la reducción de la brecha de desigualdad general en la región. Cuando se analiza la proporción del gasto que reciben los hogares de cada uno de los quintiles de ingreso, se observa que los sectores más progresivos han sido la educación primaria y secundaria, la salud y nutrición y, más rezagado, el gasto en vivienda y servicios básicos, al tiempo que la seguridad social —conjuntamente con la educación terciaria— ha demostrado ser el gasto menos progresivo de los que componen el total del gasto social. En su conjunto, el gasto social se presenta como altamente progresivo, sobre todo si se le excluye la seguridad social.

Durante los años noventa el aumento del gasto social tuvo un efecto redistributivo relativamente mayor en los países de ingreso por habitante más bajo, debido al marcado incremento del gasto público en educación y salud. En los países de más alto ingreso por habitante, en cambio, el impacto redistributivo fue menor debido a que cerca de 50% del aumento del gasto público social correspondió a la seguridad social, su componente menos progresivo.

Si bien la CEPAL no realiza un análisis del impacto generacional del gasto social, no es aventurado afirmar que, si los hogares jóvenes están desproporcionadamente representados en la pobreza, en el desempleo y, en general, en los estratos con menores ingresos, el gasto social progresivo los beneficiará en mayor medida que el gasto social neutro o regresivo. Por ello, una forma aproximada de medir los esfuerzos del gasto en términos de balance o desbalance generacional es a través de la comparación entre los gastos en salud y educación y aquellos que se realizan en seguridad social.

Los países del Cono Sur exhiben en general un importante gasto en materia de seguridad social y, en términos comparativos, una menor inversión relativa en las áreas de educación, salud, saneamiento y vivienda. Ello responde a las demandas propias de una población más envejecida que la del resto de la región y a una alta cobertura en seguridad social. En orden de magnitud esta realidad es muy marcada en Uruguay, no así en Chile, cuyos perfiles de gasto social son notoriamente más balanceados. Ahora bien, en la medida en que la población de mayor edad en estos países es heredera de modelos de integración social relativamente exitosos y que, como se ha mostrado en este trabajo, la reproducción biológica de los hogares se va concentrando en los estratos más pobres, esta estructura del gasto se vuelve más y más regresiva. Ya en 1991 es posible constatar en estos países una relativa concentración del gasto en seguridad social, en desmedro del gasto en otras áreas.⁶

⁶ Algunos otros países de la región muestran distribuciones sectoriales del gasto social mucho más balanceadas. Por ejemplo, el gasto en seguridad social en Costa Rica en 1997 era inferior al de educación y al de salud. En Panamá era también inferior al de salud, aunque algo más elevado que el de educación. Véase CEPAL, 1999.

**Cuadro 4. Distribución sectorial del gasto social en 1991 y 1997.
Chile y Uruguay (en dólares reales per cápita de 1997)**

Sectores	Chile			Uruguay		
	1991	1997	Crecimiento	1991	1997	Crecimiento
Seguridad social	242	342	141,3	617	931	150,9
Salud y nutrición	72	128	177,8	161	224	139,1
Educación	89	167	187,6	135	185	137,1

Fuente: CEPAL, 1999.

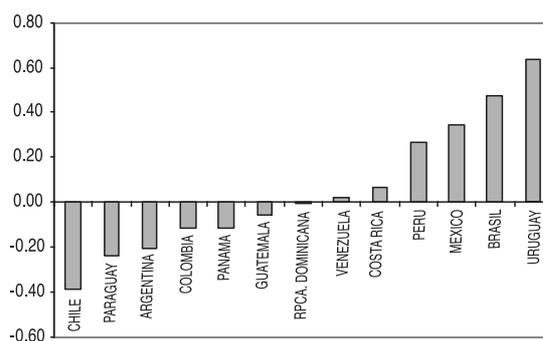
Es interesante observar que, mientras en Chile la relación entre gastos en seguridad social y gastos en educación pasó de 2,72 en 1991 a 2,04 en 1997, en Uruguay esa relación se elevó de 4,57 a 5,03 en el mismo período. Otra forma de apreciar este fenómeno es constatando que, por cada 100 dólares gastados en seguridad social, Uruguay gastó en educación y salud 48 dólares en 1991 y 44 dólares en 1997, mientras que Chile gastó 66,5 dólares en 1991 y 86,3 dólares en 1997.

Esto es, en los últimos años la situación de desbalance generacional se agravó en Uruguay y mejoró en Chile. En otras palabras, mientras Uruguay incrementó su desbalance generacional en materia de gasto social, Chile lo reorientó hacia las áreas que más favorecen a los hogares jóvenes.

Otra manera de observar la corrección etaria del gasto social en Chile en contraste con la profundización del desbalance generacional del gasto en Uruguay surge del siguiente gráfico. En él se aprecia la evolución de los ratios entre el gasto en seguridad social y el gasto en educación y salud.

Resulta ilustrativo observar la evidencia para toda la región, ya que ello permite constatar que Chile y Uruguay se ubican en las antípodas en lo que hace a la reestructuración del gasto social. Chile incrementa notoriamente la participación del gasto tradicionalmente orientado a infancia y adolescencia (educación y salud), en tanto Uruguay incrementa el gasto orientado a la tercera edad (seguridad social).

Gráfico 1. Variación de la ratio seguridad social / educación y salud entre 1990-91 y 1998-99



Fuente: CEPAL, 2001.

4. Distribución y configuración familiar de activos: ingreso, educación y capital familiar

Las situaciones de riesgo a las que están expuestos los adolescentes dependen en gran medida del portafolio de activos de sus familias. Los ingresos de éstas afectan ciertamente las chances de su integración futura, pero la investigación ha demostrado que hay por lo menos otros dos factores que predicen ese nivel de exposición al riesgo: el clima educativo familiar y los tipos de familia en que viven y crecen los adolescentes y jóvenes.

Las preguntas básicas que nos formulamos alrededor de este punto son dos: cuáles son las características de los hogares chilenos y uruguayos que tienen adolescentes de entre 12 y 17 años y qué cambios experimentaron durante la década de los noventa. Para responderlas se considerarán tres dimensiones. La primera, que toma el ingreso como un *proxy* del capital físico del hogar, ubica a los adolescentes según el quintil de ingresos per cápita de sus hogares. La segunda se refiere al capital humano del hogar y considera el promedio de años de estudio del padre y de la madre (en el caso de familias monoparentales, sólo del padre o madre presente). La tercera se detiene en el grado en el cual las familias con adolescentes presentan estructuras más formales (biparentales y en unión legal) o más informales (monoparentales y biparentales pero en unión libre).

En forma sucinta, los principales resultados para el período 1990 a 1999 muestran que los hogares con adolescentes en los dos países se ubican desproporcionadamente en los quintiles de más bajos ingresos, que mejoraron el capital educativo del hogar y que la organización de la familia se hizo más precaria.

Dentro de esa pauta general, Uruguay tuvo el peor desempeño. El porcentaje de hogares con adolescentes en el primer quintil pasó del 34,2% al 39,5%. Chile, en cambio, sólo registra un ligero empobrecimiento del 1%. No sorprende que Uruguay, cuyos adolescentes se concentraban fuertemente en el primer quintil debido a los diferenciales de fecundidad entre estratos, y donde los logros económicos no fueron tan destacados como en Chile, registre el mayor incremento relativo de los hogares con adolescentes en situación de pobreza. Cuando se examinan en términos de sustentabilidad del desarrollo social y económico, los datos anteriores constatan la reducción de la proporción de futuros jóvenes y adultos que transitan su adolescencia en situación de relativo privilegio en la estructura de estratificación general de la sociedad.

Cuadro 5. Distribución de los hogares con adolescentes de entre 12 y 17 años, según quintiles de ingreso per cápita del total de los hogares. Chile y Uruguay (1990-1999/8)

Quintiles	Uruguay 1991	Uruguay 1999	Chile 1990	Chile 1998
Quintil 1	34,2	39,5	26,6	27,5
Quintil 2	24,7	25,0	24,1	24,4
Quintil 3	18,2	16,9	20,8	19,0
Quintil 4	13,6	11,0	15,3	16,8
Quintil 5	9,2	7,6	13,1	12,3
Total	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia basada en las Encuestas de Hogares en Uruguay y en la Encuesta CASEN para Chile.

Los dos países han experimentado procesos de larga data de crecimiento continuo de la escolarización. El cuadro siguiente, que registra cómo se ha traducido esa tendencia en el capital educativo del hogar, deja pocas dudas acerca de la mejoría que en este aspecto muestran ambos países a lo largo de la década. Chile manifiesta una pujante ampliación de su

cobertura educativa, que se refleja en la significativa reducción de los hogares con más bajo capital educativo y en el aumento de aquellos con niveles correspondientes a la enseñanza media y superior. La tendencia en Uruguay, si bien similar, presenta guarismos notoriamente más bajos. De hecho, mientras el porcentaje de adolescentes en hogares con 7 a 9 años de escolaridad promedio de sus adultos desciende marcadamente en Chile, lo que corresponde a un incremento de los dos tramos educativos superiores, en Uruguay permanece estable.

Cuadro 6. Distribución de los hogares urbanos con adolescentes de entre 12 y 17 años, según clima educativo del hogar. Chile y Uruguay (1990 y 1998/9)

Clima educativo ^a	Uruguay		Chile	
	1991	1999	1990	1998
Hasta 6 años	45,3	35,9	42,2	29,8
De 7 a 9 años	30,5	31,3	31,9	23,1
10 y más años	24,1	32,8	25,8	47,2
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia basada en las Encuestas de Hogares nacionales de los años respectivos.

^a Años de escolarización promedio del jefe del hogar y del/de la cónyuge.

Por último, cuando se observan las diferencias entre países con respecto al tipo de organización familiar, todo indica que Chile, además de avanzar con cierto rezago en la primera transición demográfica, también lo hace en la segunda transición. Los hogares monoparentales se mantienen prácticamente en el mismo valor a lo largo de la década y los formados en unión libre casi se duplican, pero partiendo de niveles bajos. A su vez, la proporción en 1990 de hogares típicos, con los miembros de la pareja casados, es más elevada que en Uruguay, con un incremento de la brecha entre ambos países en 1998. El temprano avance de las nuevas formas de conformación de la familia en Uruguay se manifiesta en muy altos niveles de monoparentalidad y unión libre al inicio de la década, y en un importante crecimiento, especialmente de la monoparentalidad, entre 1990 y 1998.

Cuadro 7. Distribución de las familias con adolescentes de entre 12 y 17 años según tipo. Chile y Uruguay (1990-1999)

Tipo de familia	Uruguay		Chile	
	1991	1999	1990	1998
Monoparental	19,2	23,0	20,4	19,8
Unión libre	9,1	11,2	05,8	10,6
Unión legal	71,6	65,8	73,4	69,6
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia basada en Encuestas de Hogares para Uruguay y Encuesta CASEN para Chile, en los años respectivos.

El examen de estos resultados sugiere que a lo largo del período estudiado las condiciones contextuales del hogar en el que crecen y se socializan los adolescentes experimentaron el tipo de deterioro que suele acompañar algunas de las tendencias principales de la segunda transición demográfica. No obstante, esta interpretación en términos de *deterioro* requiere cierta cautela. Como ya se ha señalado, no hay ninguna razón conceptual para asumir que los hogares unipersonales o los formados mediante unión consensual son necesariamente más precarios o inestables que los otros. Es cierto que la monoparentalidad está asociada a la jefatura femenina

y supone cargas adicionales sobre la mujer, pero este tipo de carencia puede ser compensada por otro tipo de mecanismos (por ejemplo, hogar extendido, transferencias económicas del ex esposo, dedicación y atención de éste a sus hijos a pesar de la separación, ayuda de familiares de fuera del hogar, ampliación de servicios públicos de protección integral a la infancia, etcétera). También es cierto que, pese a la precariedad formal del vínculo no legalizado, las uniones libres pueden ser sustantivamente tan estables como otro tipo de parejas.

La atribución de mayor precariedad a ambas configuraciones familiares proviene más bien de los resultados de los estudios empíricos y de las evidencias que surgen sobre todo del comportamiento de los estratos urbanos populares. Esos resultados sugieren diferencias entre los modelos de padre-madre y esposa-esposo según el sexo. Mientras que la gran mayoría de las mujeres perciben diferencias claras entre los roles de madre y esposa, esa percepción no sería tan frecuente entre los hombres. Ello hace más probable que el hombre se sienta menos comprometido con su prole que la mujer cuando el matrimonio se disuelve. Algunas hipótesis con respecto a la *irresponsabilidad* de los hombres en cuanto a la familia parten de este tipo de consideraciones. En este sentido, puede argumentarse que, precisamente en los estratos bajos y entre los sectores más vulnerables, los mecanismos legales de protección a la mujer ante la eventualidad de la separación o el divorcio resultan menos efectivos. Ello tiene que ver no solamente con la mayor incidencia de marginalidad y exclusión social en estos grupos, sino con las dificultades que encuentran los mecanismos legales de transferencia de recursos del padre a la familia para actuar efectivamente cuando predominan condiciones de informalidad y fuerte incertidumbre laboral.

El significado de todas las diferencias señaladas podría revestir mayor gravedad si las situaciones a las que hacen se combinaran en forma consistente, dado que, cuanto más consistentes sean las configuraciones familiares negativas (bajo clima educativo, precariedad familiar, bajos ingresos), más *dura* será la situación de riesgo y más probable su traducción en comportamientos de riesgo de los adolescentes en esos hogares. Al respecto es importante destacar que ya a inicios de la década Uruguay presentaba una superposición de riesgos mayor que la que exhibía Chile, con un mayor porcentaje de adolescentes en hogares que combinaban los peores valores en cada variable. Como se puede observar en el cuadro 8, esas diferencias se mantenían al finalizar el siglo XX.

Cuadro 8. Porcentaje de adolescentes de 12 a 17 años en familias monoparentales o biparentales en unión libre, por quintil de ingresos y clima educativo del hogar, sobre el total de familias con adolescentes de esa edad. Chile y Uruguay urbanos, circa 1999

<i>Quintil de ingresos per cápita del hogar</i>	<i>Clima educativo del hogar</i>	<i>Chile urbano</i>	<i>Uruguay urbano</i>
1	Hasta 6	3,8	9,0
	7 a 9	2,9	5,8
	10 y más	2,0	2,9
	Total	8,7	17,6
2	Hasta 6	2,1	3,1
	7 a 9	2,4	2,6
	10 y más	2,9	1,9
	Total	5,8	7,6
3 a 5	Hasta 6	3,0	2,1
	7 a 9	3,7	2,5
	10 y más	9,8	4,3
	Total	16,5	8,9

Fuente: Elaboración propia basada en Encuesta de Hogares para Uruguay y Encuesta CASEN para Chile.

En efecto, mientras un 6,7% de los adolescentes chilenos se encuentran en hogares que combinan clima educativo bajo (9 años o menos), ingresos bajos (primer quintil) y familias monoparentales o en unión libre, esa proporción asciende en Uruguay a más del doble (14,8%). De hecho, a lo largo de la década las diferencias entre Chile y Uruguay, especialmente en el quintil más pobre, tienden a incrementarse en el sentido de mayor riesgo para los adolescentes uruguayos.

El punto que sigue explora brevemente la significación del impacto de los portafolios de activos familiares que a los ingresos bajos y al bajo clima educativo suman las nuevas configuraciones familiares, sobre el incremento de la vulnerabilidad adolescente y la merma de sus posibilidades de adquisición de activos para una eventual emancipación exitosa.

5. Configuraciones familiares de riesgo y comportamiento de riesgo adolescente

Hemos constatado que las brechas de bienestar intergeneracional, medidas por las diferencias en la incidencia de la pobreza en distintos grupos etarios, presentan en Uruguay una evolución más negativa que en Chile. También hemos mostrado que estos dos países exhiben claras diferencias en cuanto a los comportamientos reproductivos de pobres y no pobres, al impacto de los cambios del mercado de trabajo sobre las posibilidades de incorporación de distintos grupos de edad, así como en la estructura y la evolución de sus gastos sociales. Finalmente, hemos visto que, en el caso uruguayo, a la situación de riesgo social derivada de una mayor proporción de adolescentes en los quintiles más pobres de ingresos se agrega un clima educativo promedio más bajo en sus hogares y una mayor precariedad en los arreglos familiares, en comparación con la situación en Chile.

Para terminar con la exposición de datos comparados, veamos cuál es el impacto en ambos países de las situaciones de riesgo antes descritas sobre un indicador importante de comportamientos de riesgo. Nos referimos al porcentaje de adolescentes que no estudian,

Cuadro 9. Porcentaje de adolescentes de 12 a 17 años que no estudian, no trabajan ni buscan empleo, según quintil de ingreso de sus hogares y clima educativo y tipo de constitución de sus familias. Chile y Uruguay urbanos, circa 1999

Quintil de ingresos del hogar	Clima educativo familiar (años de estudio)	Uruguay urbano 1999			Chile urbano 1998		
		Tipo de familia			Tipo de familia		
		Monoparental	Unión libre	Jefe y cónyuge casados	Monoparental	Unión libre	Jefe y cónyuge casados
1	Hasta 6	18,4	23,3	16,5	12,4	11,9	9,0
	De 7 a 9	19,8	19,4	11,4	15,8	10,2	2,3
	10 y más	12,5	14,6	6,1	4,9	13,9	0,5
2	Hasta 6	14,2	13,0	7,1	13,4	18,8	6,2
	De 7 a 9	4,7	20,1	3,3	4,4	17,5	4,5
	10 y más	4,3	14,5	3,6	5,5	3,5	1,8
3 a 5	Hasta 6	7,9	12,3	4,2	10,4	9,0	5,2
	De 7 a 9	1,8	16,3	1,8	3,2	9,4	1,6
	10 y más	3,8	00,0	1,5	2,4	5,5	0,8

Fuente: Elaboración propia basada en Encuestas de Hogares para Uruguay y Encuesta CASEN para Chile.

no trabajan ni buscan trabajo. Al reflejar situaciones de desafiación institucional de su esfera natural (la educativa) y de las esferas adultas (mercado laboral), este indicador permite captar comportamientos adolescentes que señalan desvinculaciones con las fuentes principales de adquisición de activos que resultan lo suficientemente importantes como para alertar sobre eventuales futuros de exclusión social. Los datos de alrededor de 1999 muestran que la proporción de adolescentes urbanos que presentaban este comportamiento de riesgo en Uruguay (9%) más que duplicaba la proporción encontrada en Chile (4,1%).

Como se desprende de la lectura del cuadro 9, en ambos países los adolescentes que presentan estos comportamientos se concentran en las situaciones familiares de mayor riesgo, y cualquiera de los indicadores de dichas situaciones de riesgo estratifica los niveles de desafiación institucional de los adolescentes. Cabe destacar algunos hallazgos

- a. Como ha sido señalado en estudios anteriores, los arreglos familiares que se asocian más fuertemente con el riesgo de desafiación institucional son aquellos en que los cónyuges se encuentran en unión libre y no los monoparentales (como muchos podían suponer). Ello sugiere que en los quintiles más pobres la unión libre denota efectivamente precariedad y, muy posiblemente, la presencia transitoria de hombres en hogares esencialmente monoparentales.
- b. Una segunda constatación es que, si bien el ingreso favorece la afiliación institucional de los adolescentes, el grado de protección que se le asocia es notoriamente menor que el que brinda el clima educativo del hogar.
- c. Pero el tercer resultado, y posiblemente el más significativo, es que las situaciones de riesgo asociadas con la pobreza (véanse los adolescentes en los hogares del primer quintil de ingresos) parecen tener en Uruguay un impacto mayor sobre la emergencia del tipo de comportamiento de riesgo que estamos considerando.

Aunque este modelo descriptivo permite avanzar notoriamente en términos de inferencias causales, la interpretación de sus resultados plantea problemas que deben considerarse. En primer lugar, no presenta la significación estadística de las diferencias encontradas. Segundo, el análisis explota sólo parcialmente la riqueza de información que proveen las variables de ingreso y educación. Esto es, cuando afirmamos que existen diferencias relevantes entre los tipos de familia en lo que hace a sus efectos sobre la desafiación institucional *controlando por nivel de ingreso*, en rigor sólo estamos controlando los efectos de grandes tramos de ingreso del hogar. No tomamos en cuenta, por ejemplo, que dentro del primer quintil de ingresos los hogares de tipo monoparental pueden estar sistemáticamente asociados con los hogares más pobres de ese grupo. Si ese fuera el caso, las diferencias observadas en los porcentajes de desafiación institucional entre hogares monoparentales y hogares con jefe y cónyuge casados, dentro del quintil 1, podrían deberse no ya a los tipos de familia sino a los efectos de la variación de los ingresos en este quintil y su asociación intraquintil con los tipos de familia. En definitiva, estaríamos ante una asociación espuria, que queda oculta cuando se explota sólo el nivel ordinal de la variable ingreso.

Los argumentos anteriores nos llevan a abordar un modelo de regresión que permita, por un lado, trabajar con medidas de intervalos y, por otro, establecer si los efectos de éstas resultan significativos bajo ciertas exigencias estadísticas. La variable dependiente es en este caso un indicador de vulnerabilidad menos radical que aquel que consideraríamos en los cuadros trivariados. En tanto el análisis anterior se centró en los adolescentes que no estudian, no trabajan ni buscan trabajo, en este modelo se tomó como variable dependiente a los que no asisten a establecimientos educativos formales. Si bien se trabajaron los mismos factores causales, salvo en el caso del tipo de familia (donde se usan dos

variables *dummy*), el nivel de medición adoptado para el tratamiento del ingreso y del clima educativo del hogar fue de intervalos.

Cuadro 10. Resultados de regresión máxima verosimilitud (*logit*). Coeficientes probabilísticos. Efecto del ingreso familiar, clima educativo del hogar y tipo de hogar sobre la asistencia de adolescentes entre 12 y 17 años al sistema educativo formal

	Uruguay, 1998	Chile, 1999
	Exp (B)	Exp (B)
Ingreso x 1000	0,782	0,963
Clima educativo	0,879	0,863
Monoparentalidad	1,601	1,389
Unión libre	2,095	1,845
Constante	0,786	0,326

Nota: Todos los coeficientes son significativos ($p < 0,01$). Un valor menor de 1 implica una disminución de las probabilidades de no asistir; un valor mayor de 1, un incremento de dichas posibilidades.

Fuente: Elaboración propia basada en Encuestas de Hogares para Uruguay y Encuesta CASEN para Chile.

Los resultados muestran que, tanto en el caso de Chile como en el de Uruguay, el clima educativo, el ingreso familiar y los tipos de familia poseen efectos significativos sobre la probabilidad de que los adolescentes asistan al sistema educativo formal.

El coeficiente Exp (B) de cada país establece las probabilidades adicionales que las variables generan sobre las chances de asistencia. Ello significa que una unidad adicional de la variable independiente genera un porcentaje x de menores o mayores chances de no asistir al sistema educativo. Una lectura inicial del coeficiente de ingreso indicaría que éste genera un efecto muy pequeño. Sin embargo, debe considerarse que estos no son coeficientes estandarizados. Por ejemplo, 1000 unidades más (considérese que el ingreso en Uruguay, por ejemplo, varía entre 100 y 60 000 aproximadamente, en tanto en Chile el rango es mucho mayor) generarían un incremento de la asistencia en términos probabilísticos del 22% más que las probabilidades promedio o constantes del modelo en Uruguay, y de poco menos del 4% en Chile (aunque, si se multiplica por 10 000 unidades, el incremento sería del 40%). Por su parte, tanto en Chile como en Uruguay un año más en el promedio educativo de los adultos del hogar incrementa las chances de asistencia entre un 12 y un 13%.

Sin embargo, los datos más interesantes que surgen de la comparación refieren a los tipos de familia. La unión libre más que duplica la probabilidad de no asistencia de los adolescentes al sistema educativo en Uruguay, mientras que en Chile esa probabilidad se incrementa en un 84%. Aunque en forma más moderada, algo similar ocurre con el efecto de los hogares monoparentales: los adolescentes uruguayos en estos hogares incrementan sus probabilidades de no asistencia en un 60%, en tanto sus pares chilenos lo hacen en un 39%.

Más allá de otras interpretaciones que puedan extraerse de los cuadros y de los análisis *logit* presentados, a esta altura resulta claro que los recursos materiales y educativos de las familias, sumados a su organización y capacidad de transmisión de activos, son fuentes sumamente significativas de los recursos y pasivos con que los adolescentes deberán enfrentar su futura emancipación. En los casos más críticos, conducirán a que ella se produzca en forma temprana y precaria, anticipando un futuro de exclusión social, pobreza y reproducción intergeneracional de esas situaciones. También resulta claro que entre Chile y Uruguay se manifiestan dos diferencias cuya consideración señala aspectos preocupantes de las tendencias en Uruguay. En primer lugar, y especialmente en los quintiles más po-

bres, los avances en el clima educativo del hogar parecen tener en Chile un efecto de prevención de comportamientos de riesgo adolescente mucho más claro que en el caso uruguayo. En segundo lugar, el impacto negativo de las configuraciones familiares no tradicionales también resulta mucho más marcado en el caso uruguayo que en el chileno.

La comparación arroja entonces un cuadro en el que, pese a la similitud de los indicadores de pobreza, Uruguay coloca una mayor proporción de adolescentes en situación de riesgo y traduce esas situaciones en comportamientos de riesgo en mucho mayor medida que Chile. Todo ello favorece la presencia de rutas de emancipación de adolescentes y jóvenes mucho más propensas a la generación de jóvenes adultos pobres y vulnerables a la exclusión social, con el consiguiente riesgo de reproducir esas situaciones en la generación siguiente.

5.1. Adolescencia, juventud y emancipación precaria: sexo, clase, clima educativo y edad como determinantes en una comparación de países

Los adolescentes de quienes hemos estado hablando deberán en algún momento de sus vidas finalizar sus estudios o abandonarlos, obtener remuneraciones a través del trabajo y eventualmente casarse o formar pareja.⁷

Cuadro 11. Adopción de roles adultos por ingresos y sexo. Chile y Uruguay, 1998

País	Edad	Cuartil de ingreso	Abandona estudios		Se emplea		Se casa o se une	
			Hom-bres	Muje-res	Hom-bres	Muje-res	Hom-bres	Muje-res
Uruguay	15 años	1	43,9	35,4	25,1	6,9	1,3	3,7
		2 y 3	9,2	8,1	11,3	4,6	—	3,1
	18 años	1	75,5	63,9	46,6	28,2	5,2	16,1
		2 y 3	55,4	46,8	53,2	26,5	1,1	14,7
Chile	15 años	1	18,3	17,1	4,2	3,9	—	2,7
		2 y 3	14,8	7,9	8,6	2,7	0,5	0,8
	18 años	1	48,9	49,2	25,1	7,5	6,5	14,5
		2 y 3	42,0	44,2	33,1	15,9	1,3	13,9

Fuente: C. Filgueira, F. Filgueira y Fuentes, 2001.

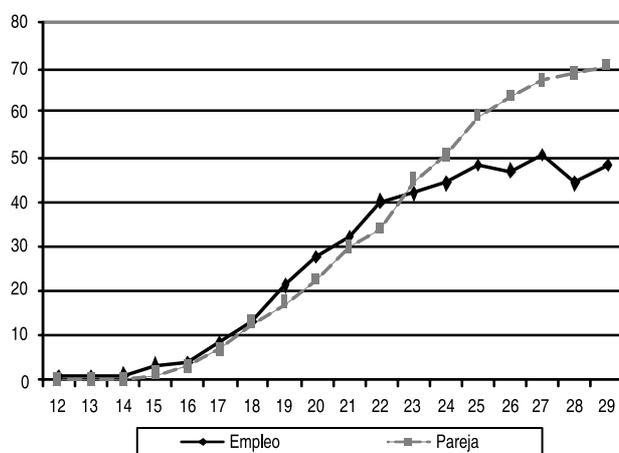
El primer dato que sorprende y preocupa es la altísima proporción de hombres y en menor medida mujeres adolescentes que han abandonado los estudios en el cuartil más pobre de ingresos en el Uruguay. A los 15 años, un 44% de los adolescentes hombres así lo han hecho y casi un 35% de sus pares mujeres. El descenso brusco, a niveles inferiores a los de Chile, que se produce al movernos a los dos cuartiles siguientes sugiere que Uruguay está desarrollando una brecha entre sus sectores más humildes y los sectores medios que amenaza con la exclusión de amplios segmentos de población y la consecuente profundización de procesos de fragmentación social. A su vez, el caso chileno confirma una vez más sus logros en retención, tanto para hombres como para mujeres.⁸

⁷ Véase Filgueira, C., 1998.

⁸ Cabe aclarar que no se consideran en este trabajo los aspectos de calidad educativa ni de su estratificación.

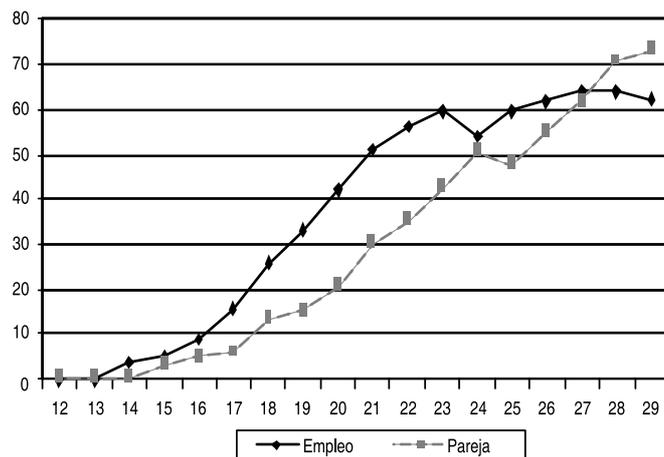
Cuando pasamos a los jóvenes de 18 años, se observa que Uruguay exhibe una muy baja capacidad de retención y una incorporación demasiado temprana al mercado laboral, aunque no en la formación de parejas. Por su parte, Chile presenta porcentajes de varones empleados a los 18 años marcadamente mayores que los de las mujeres de la misma edad, mientras que lo contrario ocurre en materia de matrimonio y unión, lo que sugiere un peso importante de los marcos tradicionales en la asignación de roles por sexo. El examen de las curvas de emancipación en empleo y estado civil, para hombres y mujeres, da fundamento a esta interpretación.

Gráfico 2. Porcentaje de mujeres que formaron pareja y que trabajan, para cada edad, 12-19 años. Chile, 1998



Fuente: Elaboración propia basada en la Encuesta CASEN, 1998.

Gráfico 3. Porcentaje de mujeres que formaron pareja y que trabajan, para cada edad, 12-19 años. Uruguay, 1998



Fuente: Elaboración propia basada en la Encuesta de Hogares, 1998.

Como se desprende de los gráficos 2 y 3, los niveles de participación laboral en Chile alcanzan al 50% de las mujeres recién a los 25 años, mientras que las uruguayas alcanzan el mismo nivel a los 21 años. La combinación de la pauta de nupcialidad o formación de pareja y el ingreso al mercado laboral sugiere que en Chile el casamiento es para las mujeres más una opción de emancipación tradicional y a menudo excluyente del mercado laboral que en el caso de Uruguay, donde el peso de dicha pauta tradicional es mucho más débil.

6. Conclusiones

El escenario que emerge del análisis hasta aquí realizado es alentador en el caso de Chile y preocupante en el caso de Uruguay. En tanto el primero disminuye su brecha generacional y la proporción de adolescentes en situación de pobreza, el segundo mantiene altos niveles de pobreza adolescente e incrementa levemente la brecha entre éstos y la población general. Ello implica que Uruguay está colocando una mayor proporción de sus futuros jóvenes y adultos en situación de riesgo social, con el agravante de que esa situación de riesgo se traduce ya en una mayor proporción en comportamientos de riesgo de los adolescentes. En otras palabras, mientras que Uruguay coloca más adolescentes en situación de pobreza y éstos exhiben comportamientos que favorecen la reproducción intra e intergeneracional de esos fenómenos, las condiciones que se están gestando en Chile parecen reducir tanto la proporción de futuros adultos en situación de riesgo como la emergencia de comportamientos que contribuyen a la reproducción de la pobreza.

La explicación de estas regularidades es materia de otra investigación, pero aquí podemos adelantar algunas conjeturas sobre posibles determinantes. Sospechamos que las claves para dar cuenta de estas diferencias se encuentran en el desbalance generacional mencionado en la primera parte de esta exposición, desbalance que en Uruguay se refleja, entre otras cosas, en un fuerte estrechamiento de las avenidas de movilidad social para un conjunto de adolescentes pobres, que, como hemos visto, alcanzan casi al 40% de ese grupo etario.

Los mercados de trabajo están más cerrados para los jóvenes uruguayos. Además de la escasa capacidad de absorción de empleo de la estructura productiva, es posible que parte de ese cierre relativo se deba a la incertidumbre laboral que genera en la población adulta tanto la dinámica de funcionamiento de las nuevas modalidades de acumulación como la experiencia reciente de estancamiento económico. Esa incertidumbre puede haber activado resistencias en las generaciones ya incorporadas al mercado laboral en defensa de un fuerte legado de protecciones y seguridades asociadas al trabajo. En cuanto al sistema educativo en Uruguay, las inversiones realizadas, si bien importantes a partir de la reforma, no parecen haber sido suficientes, a la fecha considerada, como para crear las condiciones que favorecieran la retención de los adolescentes en las etapas superiores del ciclo secundario, ni tampoco parecen haber estado orientadas a la búsqueda de un mejor ajuste con las nuevas exigencias del mercado laboral. La consecuente debilidad de las señales que emite dicho mercado en cuanto a la asociación entre años de estudio y logros ocupacionales contribuirían a explicar las relativamente altas tasas de deserción que exhibía al final de los noventa el sistema educativo uruguayo.⁹

⁹ La información más reciente que surge del sistema educativo envía buenas noticias en este sentido y conduce a moderar el pesimismo hasta aquí manejado respecto al caso uruguayo. En efecto, entre el año 1999 y el año 2002, los datos que muestran un aumento de las tasas de asistencia, el incremento de la matrícula y la caída de la deserción en el ciclo secundario coinciden en señalar una significativa expansión educativa, al menos en lo que hace a la permanencia en el sistema.

En Chile, en cambio, la existencia de un mejor ajuste entre las estructuras de oportunidades que controlan el mercado y el Estado, parecen haber creado condiciones favorables para que los jóvenes confíen en que sus logros educativos serán recompensados con logros en el mercado laboral, estimulando de este modo la permanencia en el sistema educativo y generando mayores esperanzas en cuanto al mejoramiento de las condiciones de vida a través del propio esfuerzo.

De este modo, todo parece indicar que se ha producido en estas sociedades un giro social que pone en cuestión las imágenes prevaletentes en la región a propósito de cada una de ellas. Si bien en los albores del siglo XXI Chile persiste como sociedad estratificada y fuertemente desigual —de hecho presenta el coeficiente de Gini más alto de la región luego de Brasil—, sin embargo, y a pesar de que no parecen haberse debilitado las barreras simbólicas a la interacción entre clases y estratos, ese país parece avanzar hacia un modelo más integrado de sociedad. Esto quiere decir que, tanto en sus pautas culturales como en su orientación y posibilidades de incorporación a los circuitos sociales principales, los chilenos son hoy más iguales que antes, aun cuando esos circuitos admitan un fuerte ordenamiento, no solo de nivel económico, sino también de estatus social. Tal vez lo que resulta más importante es lo que tiene que ver con sus futuros adultos. Para ellos Chile presenta un escenario que, sin carecer de importantes desafíos, parece más alentador que el que se observa en Uruguay.

En lo que hace a Uruguay, es cierto que una parte importante de la población pertenece a la *sociedad de cercanías*, que aún hoy presenta niveles de desigualdad bajos en el contexto regional. También es cierto que sigue siendo una sociedad con una relativamente baja tolerancia a la desigualdad. Sin embargo, cuando concentramos nuestra atención en la situación actual de sus niños, adolescentes y jóvenes, descubrimos una sociedad muy distinta a la imagen idealizada del pasado. Los problemas de empleo entre los jóvenes, un Estado social orientado a la tercera edad, junto con la presencia de una estructura familiar que en los sectores de menores ingresos combina los aspectos más problemáticos de la segunda transición demográfica sin haber solucionado los propios de la primera, empiezan a producir una generación fragmentada entre los que estarán dentro y los que estarán fuera del sistema social, económico y normativo. En este sentido, la sociedad de cercanías corresponde a la población que se encuentra más cerca del final que del principio de la vida. En segmentos importantes de la población infantil, adolescente y joven, en cambio, aquella sociedad estaría mostrando signos indudables de discontinuidad y aun de exclusión social.

En este artículo no procuramos responder a las preguntas ni sustentar estas afirmaciones con el facilismo del crecimiento económico diferencial favorable a Chile —que pesa, sin duda, pero que no responde todo— ni de modelos económicos liberales o estatistas, aspecto éste ciertamente más discutible, tanto en los valores que asumiría cada país como en los efectos diferenciales de esos modelos sobre lo aquí afirmado. La idea que orientó nuestra exploración es que las claves de los futuros sociales de estas naciones son, en buena medida, generacionales. Generacionales en lo que respecta a la distribución del bienestar, en lo que hace a las configuraciones de las situaciones de riesgo social a que están expuestos los futuros adultos, y también en las formas en que se manifiestan esas configuraciones en los comportamientos de riesgo de los actuales adolescentes.

Cuando el análisis se orienta por estas claves, Chile y Uruguay aparecen en la última década como países con dos modelos diferentes de distribución del bienestar entre generaciones. Y también como dos países diferentes en lo que respecta a los resultados de esta

distribución del bienestar en dos aspectos centrales: configuraciones familiares de riesgo y comportamientos adolescentes de riesgo. En tanto Chile presenta, en 1998, brechas moderadas entre el bienestar de la población infantil y adolescente y la población adulta, Uruguay muestra uno de los peores niveles de desbalance generacional en la región. Estas diferencias implican que, más allá de los promedios de bienestar, la forma en que se distribuye ese bienestar entre grupos etarios está amenazando en grado diferente la sustentabilidad del desarrollo económico y social de cada país.

Bibliografía citada

- CEPAL (1999): *Panorama social de América Latina 1998*, Santiago de Chile: CEPAL.
- CEPAL (2001): *Panorama social de América Latina 2000-2001*, Santiago de Chile: CEPAL.
- CEPAL (2002): *Panorama social de América Latina 2001-2002*, Santiago de Chile: CEPAL.
- FILGUEIRA, Carlos (1998): "Welfare and Citizenship: Old and New Vulnerabilities", en Tokman V.E y O'Donnell G. (eds.): *Poverty and Inequality in Latin America: Issues and New Challenges*. Indiana: University of Notre Dame (Documento presentado en el Kellogg Institute en 1995).
- (1998) *Emancipación juvenil: Trayectorias y destinos*; Montevideo: CEPAL.
- (1999): "Vulnerabilidad, activos y recursos de los hogares: una exploración de indicadores" en Kaztman, Ruben (coord.). *Activos y estructura de oportunidades: estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay*. Montevideo: CEPAL, pp.165-254.
- FILGUEIRA, Carlos, Fernando FILGUEIRA y Álvaro FUENTES (2001): *Critical Choices at a Critical Age: Youth Emancipation Paths and School Attainment in Latin America*, Washington DC: BID, Red de Centros de Investigación, Documento de Trabajo R-432.
- KAZTMAN, R. (coord.) (1999): *Activos y estructuras de oportunidades. Estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay*, Montevideo: CEPAL-PNUD.
- KAZTMAN, Ruben, y FILGUEIRA, Fernando (2001): *Panorama de la infancia y la familia en el Uruguay*, Montevideo: IPES-Universidad Católica del Uruguay.
- KAZTMAN, R., BECCARIA, L., FILGUEIRA, F. , GOLBERT, L. y KESSLER, G. (1999): *Vulnerabilidad, activos y exclusión social en Argentina y Uruguay*, Santiago de Chile: OIT-Ford.
- LIEBERSON, Stanley (1987): *Making it Count. The Improvement of Social Research and Theory*, Berkeley y Los Angeles: The University of California Press.

■ Resumen

En este artículo se presenta un análisis comparado de procesos de integración y exclusión social referidos a adolescentes y jóvenes en Chile y Uruguay. El enfoque que orienta el trabajo es que el seguimiento de los niveles de bienestar a lo largo de la vida de los individuos, de acuerdo con la distribución de oportunidades en términos generacionales, permite hacer mejores inferencias sobre el bienestar futuro de los países que otros enfoques alternativos. Las brechas generacionales de oportunidades se construyen con tres elementos claves: pautas de fecundidad, estructura y evolución del empleo y estructura y evolución del gasto social. La combinación de estos elementos da cuenta del portafolio de activos de los hogares (capital físico, capital humano y capital social). Las situaciones de riesgo a que están expuestos adolescentes y jóvenes dependen, en gran medida, del portafolio de activos de sus hogares. Con esta aproximación, se recogen y analizan datos que provienen, principalmente, de encuestas de hogares comparables levantadas en los dos países considerados. Los resultados del análisis muestran que Chile y Uruguay aparecen, en la última década, como países con dos modelos diferentes de distribución del bienestar intergeneracional, en cuanto a las configuraciones familiares de riesgo y a comportamientos adolescentes de riesgo. Chile presenta brechas moderadas entre la población infantil y adolescente y la población adulta, frente al marcado desbalance que exhibe Uruguay.

Palabras clave: *integración social, exclusión social, adolescencia, jóvenes, Chile, Uruguay, encuesta de hogares, vulnerabilidad social, enfoque AVEO*

■ Abstract

A comparative analysis of integration and exclusion processes affecting teenagers and youth in Chile and Uruguay is presented in this paper. The authors argue that approaching the problem by following up welfare levels along the lifecycle of individuals, in terms of the intergenerational distribution of opportunities, would allow for better inferences on the future of welfare in the countries, as compared with alternatives approaches. Generational opportunity gaps are built upon a set of key elements: fertility patterns, structure and evolution of employment, and evolution of public expenditure. The combination of these elements generates the capital portfolio of households (physical, human and social capitals). Teenagers and youngsters are exposed to risk situations that depend mostly upon the capital portfolio of their households. With this approach, data coming mainly from comparable households surveys in the two countries under study are examined. The findings show that, in the last decade Chile and Uruguay, represent two different models of intergenerational welfare distribution, in terms of family risk patterns and teenager risk behaviors. While Chile exhibits moderate gaps between the infant and teenager population vis a vis the adult population, Uruguay shows a deep imbalance in the same populations.

Key words: *Social Integration, Social Exclusion, Youth, Adolescence, Chile, Uruguay, Home Surveys, Social Vulnerability, Asset Vulnerability*

Copyright of Prisma is the property of Universidad Catolica del Uruguay Damaso Antonio Larranaga and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.